



LA VIDA Y LA MUERTE ENTRE LOS ANTIGUOS AMERICANOS

I



ARECE la América el país hecho, por sus maravillosas condiciones naturales, para la felicidad del hombre sobre la tierra; pero no se dieron mucha cuenta de esto sus primitivos habitantes.

Cuando llegamos allí los españoles, tanto nos sorprendió la hermosura de aquellas islas, tan bellísimamente descritas por el Almirante, como la sencillez y bondad de los indios, á los que la admiración del primer momento quitaba lugar á todo impulso que no fuera benévolo para con nosotros.

Bien es verdad que muy pronto conocimos otras razas informadas por más agrios temperamentos, menos abiertas á la hospitalidad y defensoras celosas de su completa independencia, aunque fáciles de someter; pero esto precisamente constituye una de las fases de aquellas primitivas razas, en que, por su índole casi infantil, se unían la sencillez y blandura de la paciente obediencia con la crueldad y fiereza á veces más extremadas.

Pero aun entre los más civilizados, por aquella condición inherente á la primera explosión de la vida, los vemos dominados por las supersticiones más infantiles, uniéndose á su gran inexperiencia el deseo de conocer y anticipar las nociones de lo futuro, amparándose en los mil detalles que la falta de madurez en el juicio presenta como asideros de la bienandanza.

Todo bien lo esperaban directamente de sus dioses, pero de unos dioses que cuanto más no pasaban, según ellos los concebían, del sabeísmo ó politeísmo más rudimentario; todo lo creían como la tradición se lo enseñaba, sin entrar jamás en análisis ni caer en dudas; y si algún genio superior se eleva más alto y llega á sublimes nociones, éstas no son aceptadas por sus contemporáneos, á los que tiene que tolerar sigan entregados á sus tradicionales errores, á pesar de tener poder bastante para imponer y decretar la aceptación general de sus ideas, que con dolor alcanzaba no habían de ser aceptadas ni comprendidas por aquellas gentes. Tal sucede al David tezcucano, á aquel notabilísimo rey Nezahualcoyotl, que profesaba la doctrina de la unidad de Dios, idea que no logró ver fructificar entre su pueblo.

Porque es indudable que la civilización del Nuevo Mundo se ve interrumpida y cortada, en su momento quizá más crítico, por la conquista española; apenas se da otro caso en la historia, como no sea entre el pueblo asirio, de una raza joven y en vías de progreso, que sin hacer su gran evolución se vea cortada en sus destinos tan bruscamente por otro pueblo más poderoso; quizá consista esto en haber llegado demasiado tarde á la historia, en presentarse como un valladar al torrente de la civilización, siendo además para contra suya en la lucha como una última florescencia de la savia asiática, heredera de todos los enervamientos de aquellos climas y tradiciones, que se encuentra con todo el poderío de la europea, vigorizada al dar la vuelta al mundo por tantas ideas y bautismos regeneradores.

Adviértese, sin embargo, en el nuevo continente que los modernos estudios antropológicos nos hace patente la semejanza del proceso humano en aquella región con lo que acontece entre nosotros, pero demostrando también la más reciente fecha de todo lo histórico y prehistórico americano. Las mismas razas primitivas, sin casa ni lugar fijo de habitación, luchando con las fieras; las subsiguientes trogloditas y paleolíticas, á las que suceden las constructoras de ciclopeas murallas, dólmenes y túmulos, que á su vez llegan á ser dominadas por otras más inteligentes; la emigración de aquellos *nahuas*, especie de arios americanos, á los que se deben los mayores progresos, y que alcanzamos á sorprenderlos en el momento de su mayor apogeo; todo indica una humanidad que vive ignorada, pero desarrollándose por los mismos pasos que anteriormente nosotros habíamos dado.

Es un hecho evidente, cuando se estudia el antiguo pueblo americano, que se compone de dos elementos de población incompenetrables: uno popular, indígena, salvaje, sometido, sí, pero no asimilado al otro, dominador, quizá exótico, y civilizado, pero con una civilización hasta cierto punto degenerada, sin virtud para inflamar y regenerar aquella sangre selvática con la que al cabo transige y hasta alienta en sus bajos instintos; pero aun así, persiguiendo un ideal de orden y concierto, de felicidad y bienestar general, que, de haber tenido tiempo, sin duda hubiera producido el complemento de vida nueva, que por algunos destellos se iba muy claramente iniciando.

De donde vengan estas razas y estas invasiones, es asunto de gran discusión; los

hechos históricos parecen indicarnos dos orígenes ó focos productores. El uno, aquel incierto país de Aztlan, de donde vemos surgir oleadas sucesivas de gentes indígenas, razas poco propensas á la civilización, que sólo aportan una vida sin ideales, y, por lo tanto, sometidas al imperio de la fuerza, con la simplicidad y hábitos de los hombres á quienes no han llegado los destellos de la cultura alcanzada por el trabajo eslabonado de las sucesivas generaciones; y otra, corriente de procedencia sin duda asiática, que es la que trae estos elementos á aquel suelo, dominadora, más progresiva y activa en el desarrollo de las artes y las ciencias, y á la que se debe todo lo que constituye la verdadera civilización americana; gentes venidas *del lado de las sombras*, según la tradición de los peruanos.

Pero nótese cómo también, en aquel país paradisiaco, la necesidad, el dolor, las molestias del medio ambiente, hacen que el ingenio humano sepa vencer estos contrarios elementos, y allí donde la naturaleza se muestra menos pródiga, donde el trabajo tiene que suplir al favor del cielo, se desarrollen centros de cultura que, impulsados por mano poderosa, produzcan resultados quizá superiores á los obtenidos en regiones donde su misma feracidad y riqueza enervan y quitan todo estímulo al feliz poseedor de tanta abundancia; tal sucede sobre todo con el activo y disciplinado imperio de los incas.

Pero conveniente es que á pesar de cierta unidad que á primera vista se observa en toda la vida de los antiguos americanos, por los diferentes aspectos que presenta la fusión de sus elementos, nos habituemos á distinguir estas variedades, á apreciar estos matices que nos pueden auxiliar en mucho para la verdadera diferenciación de aquellas numerosas razas, pueblos y hasta tribus.

Constante es á cada paso el encontrar entre los autores no muy lejanos la perpetua comparación y asimilación de los monumentos, jeroglíficos, usos y costumbres de los antiguos americanos, con los egipcios é indios, especie popularizada más que por nadie por las fantásticas teorías de Brasseur de Broerbourg, verdadero soñador de la ciencia é historia del Nuevo Mundo, pero cuyas ideas deben ser desechadas para siempre, y más hoy que hemos llegado á levantar tan completamente el velo de la esfinge de Menfis y colocar el arte de las pagodas en su verdadera y moderna fecha ¹.

Como los antiguos escritores se empeñaban en encontrar á cada paso puntos de unión con los europeos en infinitos pormenores de aquellos recientes pueblos descubiertos, así existió y aún existe por algunos el propósito de notar analogías entre nuestras antigüedades y las de unas gentes que tan ignorantes estuvieron de nuestra existencia como nosotros de la suya.

Concluya, pues, la infructuosa tarea de sacar deducciones de tales semejanzas en-

¹ Esta comparación y derivación del arte americano con el egipcio es la más vulgar y anticientífica especie que puede ocurrir en los estudios históricos; menos absurda es la comparación con los monumentos indios y otros asiáticos; pero desechando también ni aun el remoto sincronismo del arte egipcio con el indio; bien podemos decir, casi en absoluto, que había muerto el genio artístico egipcio, después de realizar toda su larga evolución, cuando empezó la India á levantar sus monumentos, y conveniente es se vulgarice la idea de que la mayor parte de ellos, los más celebrados, se construían á la par que nuestras mejores catedrales ojivales.

tre los productos de diferentes civilizaciones: donde quiera que haya hombres tendrá siempre que haberlas; y no son éstas, por cierto, las que nos determinan la derivación ó procedencia de las razas, sino precisamente aquellos rasgos, aquellos destellos que aparecen en los momentos en que, despojándose de las herencias, dejan lucir y hacen más patente su carácter propio y diferencial. En éstas, pues, debemos fijarnos más especialmente para penetrar en lo más recóndito de cada pueblo y llegar al corazón de las gentes que pueden constituir la variedad de raza, tan interesante en la especie humana. Las semejanzas y puntos de coincidencia cada vez serán mayores mientras más vayamos estudiando al hombre en todas sus variedades.

* * *

Teniendo en cuenta la doble naturaleza en las razas que vamos estudiando, podemos distinguir etnográficamente dos etapas principales, no bajo el punto de vista cronológico, sino de gradación progresiva; que algunas aun hoy se encuentran en el más rudimentario estado de cultura. Pueden ser éstas: ó razas que no avanzan más allá de las edades de la piedra, y razas, como veníamos viendo, invasoras, que usan ya los metales é inician las verdaderas civilizaciones americanas precolombinas; pues el paso de la piedra al metal, es, sin duda, entre todos los pueblos, el que separa la barbarie de la cultura ¹.

De la vida en aquellos pueblos más aborígenes nos quedan restos en todo el Nuevo Mundo, que nos los presentan con los mismos caracteres, hábitos y ocupaciones que en el resto del planeta; ora en tiempos antidiluvianos combatiendo y luchando con los grandes paquidermos, ora después haciendo la vida troglodita, reuniéndose ya en asociación, fijando su residencia, antes tan nómada y movediza, en las diferentes especies de moradas y habitaciones de los hombres primitivos.

Señal evidente de ello son los *kjokkenmoddingos*, tan extendidos por las costas y riberas de ambas Américas, entre cuyas amontonadas conchas se encuentran los huesos de los animales domésticos y cazados, mezclados con los útiles de uso más frecuente, generalmente también de hueso y algunos en piedra.

En ellos se han hallado unas piezas en piedra labradas á manera de mortero bastante frecuentes, y cuyo uso aún no está definido; allí también se ven ya las pipas, lo que nos demuestra el antiquísimo abolengo americano, de lo que ha llegado á ser nuestro pequeño pero imprescindible vicio; allí también se ven por primera vez las manifestaciones de esa industria, base primera que según parece ocurrió al hombre en todas partes para demostrar su aptitud artística, la industria madre, la cerámica en su estado más rudimentario, con la impresión de aquellas mismas conchas que eran su alimento favorito.

¹ El uso de la piedra indica en América menos que en ninguna parte la edad remota de la raza que la labra; en nuestro Museo Arqueológico existen hachas, cuchillos y otras piezas de obsidiana ú otras rocas, hechas á presencia de la Comisión científica del Pacífico en 1864 por las tribus del Sur, desconocedoras aun entonces del uso de los metales.

No han faltado tampoco en los *kjokkenmoddingos* hallazgos de sílex tallados en la forma llamada paleolítica, y á veces también los huesos del mismo hombre, soterrado entre los despojos de la comunidad, sin lugar aún más sagrado ni preferente. Triste nota es de los estudios americanos el encontrar por doquiera las señales evidentes del antropofagismo, pues desde antiquísimas edades vemos los llamados *sambaquis* del Brasil, enormes depósitos de huesos humanos, pulverizados con el fin sin duda de extraerles el tuétano, el más exquisito bocado para aquellas gentes, de los que aún hoy existen numerosos herederos, congéneres también de tantos otros en aquel suelo, tan despreciadores del dolor físico propio ó ajeno, que representa por parte de quien lo sufre ó contempla una sensibilidad hartamente embotada.

No podían faltar tampoco en América aquellos especímenes de la primitiva casa del hombre con solidez mazónica, representada por las cuevas de habitación y abrigos de las rocas, en su estado natural ó modificadas para mayor comodidad por su mano; cuevas en que vemos quedaban yaciendo sus dueños, con mayor respeto ya, y rodeados de los vasos y útiles que habían sido de su particular uso en la vida.

Menos sencillez, y por lo tanto mayor adelanto presentan las razas primitivas erectoras de los monumentos distinguidos hoy por todos con el nombre de *Mound-Builders* en la América del Norte, con sus distintos usos y formas, algunas veces hartamente caprichosas; verdadero arte monumental en tierra, de un pueblo sin historia, pero que revela por sus restos toda su cultura, beneficiando ya el cobre, sin abandonar por esto el uso de la piedra para sus armas, al par que otras sustancias, como la mica, á que tantas aplicaciones dieron.

Representan estos monumentos tanto en su planta como en su alzada un vigor geométrico y numérico que para la atención de los consumados ingenieros que hoy los examinan, como si la tierra en que se levantaron tuviera el destino de las grandes obras públicas, continuado hoy por los modernos norteamericanos, sus sucesores en la comarca. Llegaron á más: las plantas de muchos de ellos son siluetas de figuras de animales y del hombre, hasta formar grupos de ambos, singularidad en verdad rara y curiosa.

Aunque su religión, usos y costumbres, y hasta nombre, nos sean desconocidos, por sus restos venimos claramente en conocimiento de que fueron cultivadores de la tierra, que tejían sus telas, que fabricaron una cerámica cocida y con adornos policromos verdaderamente artísticos; que usaban la pipa, de las que nos quedan ejemplares en piedra casi todos con esculturas de animales y bustos humanos; que se valieron de las conchas, muchas de ellas adornadas con curiosas labores, para útiles de la vida; cucharas, adornos y hasta armas y utensilios cortantes; que alcanzaron, en fin, un adelanto precursor ya de las edades dignas de la historia.

No podía faltar tampoco en América la representación de las construcciones en piedra primitivas, sin mortero ni trabazón, tales como nuestros llamados muros ciclópeos, que bien patentes los han puesto los modernos descubrimientos en la Norumbega, con sus defensas y malecones, en los que alguno ha creído encontrar cierta derivación europea.

Pero tratando de bajar al Sur para encontrarnos con otras razas más civilizadas, nos salen al paso en los abruptos desfiladeros, gargantas y precipicios profundísimos de las montañas que hay que franquear para penetrar en el moderno Méjico, los llamados *cañones* desde la conquista, los *pueblos*, nombre que llevan las agrupadas viviendas, tallados directamente en las rocas ó construídos con fragmentos de las mismas á la manera de los abrigos europeos, pero con más rigor geométrico y aplicación del arte de construir, morada de los *cliff-divellers*, ó sea *hombres que habitaban las rocas*.

Su construcción representa un paso gigantesco sobre las defensas de Norumbega, inaugurando las de piedra tallada unida con mortero, si bien esto sea en la más ruda y tímida forma. Sus muros obedecen á la más perfecta escuadra, sus aristas son limpias, sus pisos superpuestos, aunque valiéndose para subir de unos á otros de escaleras exteriores y frecuentemente provistas de sótanos circulares, á los que los descubridores pusieron el nombre de *estufas*, con que son conocidos y donde celebraban sus más ocultos misterios ¹.

* * *

Pero hora es ya que descendiendo á la región de los lagos, al Anahuac, nos encontremos con aquellos otros pueblos de nombre é historia ya más conocida, en que vemos lucir los destellos de otras civilizaciones y brillar por primera vez la luz que iluminará después los imperios de otras razas.

Las gentes *nahuas*, que vienen á representar el papel de los *arias* entre nosotros; los invasores de superior entendimiento; los dominadores de las razas más atrasadas; los que traen las luces del saber y las disciplinas de los sistemas políticos más organizados; los que en creencias religiosas se han elevado más en la comprensión de la divinidad, son los que penetrando en las regiones de Anahuac van fundando sucesivamente aquellos imperios que con sus derivados el azteca y otros en el Norte, los *mayas* en el centro, y los incas en el Sur, forman las páginas más interesantes de la historia americana precolombina.

Comienzan generalmente los autores su estudio por la raza ó pueblo *maya*, ilustradores de la región de Chiapas y más tarde del Yucatán, con sus tan celebrados monumentos; pero éstos, á nuestro parecer, constituyen precisamente la última manifestación de la cultura americana, la página en la que los vemos alcanzando los mayores progresos, las ideas religiosas más elevadas, los ritos más humanitarios, la

¹ El salón de la expedición Emenway en la recientemente inaugurada Exposición Histórico-Americana proporciona curiosísimos datos y monumentos sobre estos *pueblos*. Es una verdadera revelación debida á la iniciativa de una ilustre dama norte-americana, que ha prestado con esto un gran servicio á la historia de su país. Gracias á ella conocemos hoy á los habitantes de los *pueblos* en todas sus curiosas costumbres, ritos, cantos, industria, cerámica notabilísima, supersticiones é instituciones que conservan en la mayor pureza antigua, gracias á su aislamiento. Capítulo especial merece esta materia, pero hoy diremos tan sólo que al estudiarlos según aparecen nos resultan por impresión como los *gitanos* de América, comparables en mucho á los que habitan aún hoy en nuestras cuevas de Granada.

última etapa, en suma, de aquellas razas, como enteramente demostraríamos con datos á nuestro parecer decisivos, y algo hemos de apuntar más adelante.

Los que parecen que inauguran en las regiones del Nuevo Mundo la más adelantada civilización son los toltecas, primeros invasores cultos del Anahuac en el siglo VI de nuestra era, según los más probables cálculos, sostenedores de las ideas budistas del Asia más ó menos puras, á las que deben su fuerza conquistadora; que nada imprime más vigor expansivo en los pueblos vírgenes que la aceptación de una nueva idea religiosa.

Ellos son los adorados del benéfico y humanitario profeta Quetzacoal (la serpiente cubierta de plumas) el numen de paz, de caridad y fundador de la vida monástica, que hemos de ver aparecer donde quiera que en América luzca la cultura; ellos son los fundadores de la gran ciudad de Teotihuacám, Tolán ó Tula, la más antigua del Anahuac, á unas 10 leguas al Norte de Méjico, y de la comercial é industrial Cholula; ellos los que introducen la gran construcción en piedra, hermosa en su traza y rica en su decorado, con todos los elementos y miembros más complementarios, hasta emplear la cariátide, tan hábiles en todo esto, que obtuvieron por excelencia el nombre de *arquitectos*. Ellos fueron los constructores de las dos famosas pirámides de Teotihuacám, dedicadas á Tonatich (al Sol) y Meztli (la Luna), erigidas precisamente en los tiempos que empezaban la destrucción de las famosas menfitas. Ellos también, los que comienzan el uso del ladrillo; los que abren las primeras vías de comunicación; los que inician el comercio; los que benefician y trabajan mayor número de metales, el oro, plata, estaño, plomo y el anteriormente conocido cobre; también son los primeros de que tengamos noticia que entretejiéron la pluma entre sus telas, y hasta según algunos, que fabricaron y construyeron objetos de vidrio. Ellos, en una palabra, fueron los importadores á aquellas tierras de todos los principios, de todas las artes é industrias que las otras razas más fieras sucesivas han de continuar é interpretar á su modo en el propio país del Anahuac.

Un pueblo tan adelantado, con tales artes é industrias, regidos por ciencias tan superiores á todos los demás del país que invadían, no podía carecer de costumbres que formaran gran contraste y sirvieran como de ejemplo á las que trataban de sustituir. La familia entre ellos estaba fundada en los lazos más estrechísimos; esencialmente monógamos, no podían los reyes, espejo de todas las costumbres, volver á tomar mujer legítima si quedaban viudos, y menos concubina. Nada más lejos de su ánimo que honrar á sus dioses con los cruentos sacrificios que más tarde introducieran los aztecas, y manifestación de sus ideas verdaderamente humanitarias fueron sus asilos y hospitales.

Eran amantes del lujo y buscadores de las piedras preciosas que supieron tallar; las memorias del palacio de sus reyes los hacen competir con los más suntuosos del Oriente; salas chapeadas de oro; unas incrustadas de esmeraldas y turquesas; otras de conchas y corales, otras revestidas con tapices de plumas brillantísimas, cada una con fondo de color distinto.

Entre sus espectáculos públicos figuraban pintorescas fiestas, y entre sus juegos el de la pelota, pero consistiendo en pasar un número determinado de ellas á través de un estrecho anillo de piedra, lo que daba al vencedor el derecho de despojo de las vestiduras entre los concurrentes, que producía la fuga y desbandada más alegre y bulliciosa ¹.

Tanta grandeza, cayó á las manos de los fieros *chichimecas*, los chichi, los perros, salidos de las asperezas de las montañas, que encontrándolos ya enervados por los placeres, les hicieron repetir en su caída una página similar á la de aquellos imperios que sorprendidos en el fragor de los banquetes, peleaban por su existencia en un momento de nerviosa desesperación, muy lejana del vigor y disciplina primitiva.

Estos salvajes chichimecas, sin más vestidos que las pieles de los animales que cazaban, armados del arco, la cervatana y la terrible clava, verdaderos bárbaros, crueles hasta el delirio, que hacían una raya en una canilla por cada enemigo muerto á sus manos, de cuyas cabelleras arrancadas en muerte ó vida constituían el principal trofeo; comedores de carne aún palpitante; tiranos de sus mujeres, de las que cambiaban al menor pretexto, sin otra ocupación que la pelea ó la vagancia, son los que inauguran en el Anahuac aquella serie de pueblos, que sin poder perder su fondo salvaje y fiero, se revisten sin embargo con la herencia de la cultura tolteca, interpretada por cada uno de ellos á su manera.

Constituídos en nación, ocupan por algún tiempo la escena de esta parte del Nuevo Mundo; pero en continuas luchas entre sí, acaban bajo la triple alianza de los últimos imperios del Anahuac, los Aztecas, Acolhuas y Tepanecas, con cuyas gentes se encuentran los españoles al poner en aquella región su planta conquistadora.

NARCISO SENTENACH

¹ De estos anillos se ven varios en América, habiéndose encontrado el de Tula por el explorador D. Charnay. Una perfecta reproducción aparece en la Sección de Méjico de la Exposición Histórico-Americana.

